
artesanos de américa

MARJORIE AGOSIN
WELLESLEY COLLEGE

LAS BORDADORAS DE LA ISLA NEGRA

El nombre de la Isla Negra intriga desde el comienzo ya que la Isla Negra, no es ni una isla ni tampoco negra. Los oriundos de esta caleta ubicada a unos sesenta kilómetros al sur de Santiago, tampoco saben del origen de este nombre y prefieren vivir aislados de la urbe, del ruido y de los enigmas que este tan misterioso lugar posee tanto para los visitantes como para los que habitan durante todo el año en esta caleta de pescadores.

Alrededor de los años treinta, Neruda compró un terreno en Isla Negra; él mismo dice que construyó su casa en la arena rodeada por el inmenso océano Pacífico y las grandes cadenas de rocas que azotan al litoral chileno.

Neruda escribió desde la Isla Negra o mejor dentro de esta, obras memorables, entre ellas parte del Canto General publicado en 1950 como una de sus obras maduras de vital importancia; Memorial de Isla Negra (1960). Violeta Parra, también por los cincuenta, construyó una pequeña casita en la Isla y su hermano Nicanor pasa largas temporadas en una casa blanca alejada del mar, pero sumida en los espesos bosques de eucaliptos que son escenas familiares del paisaje del lugar.

Sin lugar a dudas, la Isla Negra posee una extraña energía propicia para la creación, el ensueño y la libre imaginación. Tal vez, es esta la razón principal del

éxito tranquilo, pero profundo de las llamadas bordadoras de la Isla Negra, artesanas que trabajan la lana con magia y esmero.

El comienzo de las bordadoras de la Isla Negra, se debe a la señora Leonor Sobrino de Vera, quien llegó junto a su padre Eladio Sobrino, a este territorio desde España. Durante los meses de invierno, cuando la pesca escaseaba, Leonor Sobrino quiso apoyar a las mujeres con una ayuda extra para que sus ingresos económicos aumentaran. Un día de 1959 se le ocurrió comprar agujas, lanas y, en sacos de harina, veinte mujeres bordaron sus espe-

ranzas, sus infancias, los acontecimientos cotidianos de sus existencias. Al principio ellas comentan que nunca habían tomado una aguja en sus manos y que ni tenían idea de dibujar, pero “Doña Leo, tan buena, creía en nosotras” y esta maravillosa Leo siempre detrás de las escenas, dejando que las bordadoras crearan con su propia intuición, ha convertido el trabajo de estas mujeres, no sólo en un ingreso extra para sus modestos hogares, sino que ha divulgado el valor artístico de estos bordados.

Al principio doña Leonor me cuenta que las llevaba al

100



campo para que las mujeres apreciaran el colorido de las flores, de la naturaleza y traspasaran esta naturaleza agreste a los sacos de harina. Así nacieron los tapices que se fueron poblando de flores multicolores, de pájaros, de escenas del campo, de cocinas de barro. Porque los bordados de la Isla Negra, encierran toda la belleza y la espontaneidad del arte primitivo creado en Chile. Nunca antes se había hecho trabajos semejantes y por esta razón, la repercusión e impacto han sido notables. En 1969 bajo el apoyo del pintor Nemesio Antúnez, se exhiben los primeros bordados en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile.

Las exposiciones continuaban en lugares como: The Institute of Contemporary Art en Londres en 1972; La Galerie du Passeur y L'Espace Cardin de Paris en 1972; como también en la Bienal de Sao Paulo en 1973. Actualmente los bordados se exhiben durante el 85 en el museo de Wellesley College, Massachusetts.

La técnica de los bordados es la siguiente: La mujeres en sus casas trazan en un papel accesible la idea del bordado, pero trabajan en el saco de harina directamente sin trazarlo previamente y el dibujo hecho en el papel es más bien un modelo que se va modifi-

cando con el transcurso del bordado. Ellas, me cuentan que de "poquito a poquito se nos van ocurriendo cosas". "A veces como que le faltan cuestiones y nosotras se las rellenamos".

Es hermoso y relajador ver a las mujeres durante los meses de invierno en el atardecer, junto a los leños, bordar calmadamente, ya que cada tela tarda aproximadamente seis meses desde los comienzos hasta el final. Una vez finalizado el trabajo, las bordadoras venden sus telas y obtienen la ganancia para sí mismas con la excepción de un cinco por ciento destinado para un fondo común y en especial para comprar las lanas que son de alta calidad y muchas veces teñidas por las mujeres mismas.

101

Cada bordadora titula sus obras y estos son un reflejo del mundo delineado: "Mi cocina", "El Peral", "Almuerzo", "La frutería", "La Caleta de Quisco", "La ciega". Aún llegan visitantes de varios rincones del planeta a la Isla, visitan desde afuera la casa de Neruda y preguntan por las bordadoras que fueron inmortalizadas con las siguientes palabras: "En la Isla Negra todo florece. Se arrastran por el invierno pequeñísimas flores amarillas, que luego son azules y más tarde con la primavera, toman un color amaranto. El mar florece todo el

año. Su rosa es blanca. Sus pétalos son estrellas de sal. En este último invierno comenzaron a florecer las bordadoras de Isla Negra. Cada casa de las que conocí desde hace treinta años sacó hacia afuera un bordado como una flor. Estas casas eran antes oscuras y calladas; de pronto se llenaron de hilos de colores de inocencia celeste, de profundidad violeta, de roja claridad; las bordadoras eran pueblo puro y por eso bordaron con el corazón. Se llaman como se llama el pueblo, como deben llamarse. Tienen nombres de flores, si las flores escogieran sus nombres y ellas bordan con sus nombres, con los colores puros de tierra con el sol

y el agua con la primavera. Nada más bello que estos bordados insignes en su pureza, radiantes de una alegría que sobrepasó muchos padecimientos. Presento con orgullo a las bordadoras de la Isla Negra. Se explica que mi poesía haya echado aquí sus raíces (Para nacer he nacido).

Barcelona: Seix Barral, 1977, p. 118).

En realidad, todo florece en Isla Negra a pesar de la pobreza, el hambre y el frío, estas mujeres bordan la vida con colores luminosos, la vida como debería ser. ○

102

